

Unidad 9.

El libro y las bibliotecas europeas y orientales en el siglo XX.

Dahl, Svend. Las bibliotecas. Pp. 280-292. En: Historia del libro. Madrid: Alianza. 1972.

en Escandinavia es muy alta en relación con la cantidad de población; la mayor en Islandia, cuya capital, con aproximadamente 60.000 habitantes, tiene una veintena de librerías.

Las bibliotecas

El período de 1914 a nuestros días ha sido uno de los más singulares en la historia de la biblioteca. Al tiempo que las bibliotecas públicas han alcanzado una posición mucho más importante que nunca en el pasado y experimentado una expansión incomparable tanto en su actividad interna como externa, la época ofrece la mayor destrucción de libros y bibliotecas que el mundo haya conocido después de las invasiones bárbaras.

Durante la primera Guerra Mundial las pérdidas aun fueron reducidas, y la única biblioteca absolutamente arrasada fue la de la Universidad de Lovaina, incendiada cuando las tropas alemanas devastaron la ciudad. Por el contrario, la guerra y la inflación subsiguiente perjudicaron gravemente las bibliotecas alemanas, interrumpieron sus adquisiciones de libros extranjeros y debilitaron su economía. En la década 1920-30, la «Notgemeinschaft der deutschen Wissenschaft», institución fundada después de la guerra, proporcionó, sin embargo, importantes medios económicos, pero cuando esta ayuda cesó, las dificultades volvieron a ser grandes y en 1933, por ejemplo, la biblioteca de Gotinga se vio obligada a cancelar todas sus suscripciones a revistas. Al mismo tiempo surgían otras dificultades, causadas por el régimen nazi. El plan de estos de unificar la organización de las bibliotecas alemanas era, en sí, acertado, pero lo funesto fue que las bibliotecas se convirtieron en instrumento político, sometido a la ideología del partido, y que toda adquisición de libros pasó bajo el control de una oficina de compras instalada en Colonia. Se redactaron largas listas de libros prohibidos, que fueron eliminados de las bibliotecas, y se prohibió a los judíos el acceso a las bibliotecas públicas, a la vez que se inauguraba en

Francfort una biblioteca especializada en el estudio del judaísmo.

Parte del incremento de los fondos de esta biblioteca fue debida a los libros de que los alemanes se apoderaron en los países ocupados en la primera época de la segunda Guerra Mundial. Como en su tiempo los ejércitos de Napoleón, los ejércitos alemanes iban acompañados de expertos que escogían los ejemplares más valiosos de las bibliotecas que caían en su poder. Actuaron intensamente en los Balkanes y en especial en Polonia; el tesoro bibliográfico que no fue llevado a Alemania fue reunido en la biblioteca Krasinski en Varsovia, pero poco antes de que las tropas alemanas abandonasen la ciudad en 1944, la incendiaron al igual que la biblioteca municipal de la ciudad. Muchas de las bibliotecas populares polacas fueron quemadas, por lo menos sus existencias de literatura polaca, y autos de fe análogos se hicieron con las existencias de librerías y material de imprenta y de numerosas bibliotecas privadas, todo con el intento de extirpar la cultura nacional de Polonia. Afortunadamente resultó indemne la vieja y célebre biblioteca Jagellonica de Cracovia, que contenía grandes tesoros, y que poco antes de la guerra había obtenido un espléndido edificio.

Otros países hubieron de sufrir también el pillaje y la destrucción de libros de los nazis, pero la represalia se ensañó duramente en las bibliotecas alemanas cuando la guerra aérea comenzó en serio. Se ha calculado que las bibliotecas científicas alemanas, que antes de la guerra disponían de más de 75 millones de volúmenes, perdieron cerca de un tercio de este número. Al declararse la guerra, las partes más valiosas de las existencias fueron llevadas a los sótanos de las bibliotecas, pero ya bastante tarde se comenzó a evacuarlas a castillos, iglesias, monasterios y minas, donde en parte fueron destruidas por la humedad o por incendios. Y antes de que hubiera tenido lugar esta evacuación, las bombas de los ataques aéreos destruyeron total o parcialmente una larga serie de bibliotecas. Las dos joyas

mayores en la cadena de bibliotecas alemanas, la Preussische Staatsbibliothek, de Berlín, y la Bayerische Staatsbibliothek, de Munich, yacían casi enteramente en ruinas al final de la guerra, y destruidas en mayor o menor grado se encontraban las bibliotecas universitarias de Bonn, Breslau, Francfort, Giessen, Hamburgo, Münster y Würzburg, igual que las bibliotecas nacionales de Dresde, Darmstadt, Karlsruhe, Kassel y Stuttgart; además de muchas de las viejas bibliotecas municipales, técnicas y especializadas. Gran número de otras resultaron seriamente deterioradas y parte habían perdido sus catálogos.

Era inevitable que esta catástrofe tuviese efectos paralizadores durante los primeros años de después de la guerra; la ciencia y la cultura alemanas habían sufrido pérdidas irreparables en medidas de difícil apreciación. Solamente la Preussische Staatsbibliothek había perdido millón y medio de libros impresos, cerca de 6.000 incunables y unos 6.700 manuscritos —o sea, más del total que posee la Biblioteca real de Copenhague—. La mayor parte de lo recuperado fue llevado a Marburgo, para servir allí de base a una nueva biblioteca central de Alemania occidental. Para muchas de las bibliotecas destruidas fue necesario habilitar locales provisionales y, por lo general, poco idóneos, pero el reponer las existencias encontraba grandes dificultades; la ayuda que podía prestar la Notgemeinschaft, resucitada bajo el nombre de «Deutsche Forschungsgemeinschaft», era insuficiente y lo mismo ocurría con los donativos de libros recibidos del extranjero. Pero la capacidad de los alemanes, a pesar de la desesperación total, de superar la derrota por medio de un tenaz trabajo diario y su sentido de la organización se evidenciaron también en el terreno de las bibliotecas. En todo el país se trabaja en la redacción de catálogos generales de las existencias bibliográficas de cada Land y se han establecido entre las bibliotecas amplias relaciones de préstamo. En sustitución de la Deutsche Bücherei, que ahora sólo actúa en la Alemania oriental, se ha constituido en 1946 una nueva biblio-

teca en Francfort, donde se reúnen todas las nuevas publicaciones alemanas y que sobre esta base publica un catálogo permanente de bibliografía alemana. A pesar de todos los esfuerzos, las bibliotecas del Estado, anteriormente tan imponentes, mostrarán por siempre las huellas de la catástrofe de la segunda Guerra Mundial y serán por ello estorbadas en su tarea de asegurar la conexión cultural con el pasado, que constituye —en especial, bajo el incansable desarrollo técnico de nuestro tiempo— una parte importante de su tarea. Un hecho esperanzador para las bibliotecas públicas alemanas ha sido la donación hecha por los americanos en 1954 a Berlín occidental de una gran «Berliner Zentralbibliothek», construída y organizada según el modelo de las bibliotecas públicas americanas; con ella han obtenido los alemanes por primera vez una biblioteca popular enteramente moderna, que con el tiempo puede esperarse encuentre imitadores en otras ciudades de Alemania occidental. Otra esperanza para las bibliotecas científicas es que el gran *Handbuch der Bibliothekswissenschaft* («Manual de la ciencia bibliotecaria»), publicado por primera vez en el período 1931-42 bajo la dirección de Fritz Milkau, ha podido reaparecer desde 1952 en una nueva edición notablemente aumentada, dirigida por el ex director de la biblioteca de la Universidad de Tubinga, el eminente Georg Leyh.

Alemania no fue el único país en sufrir los ataques aéreos, aunque los destrozos no alcanzaron en ningún otro ni aproximadamente la misma gravedad. Los más afectados fueron Bulgaria, con la destrucción total de la Biblioteca nacional de Sofía, y Yugoslavia, donde los alemanes destruyeron y requisaron grandes cantidades de libros, y donde la Biblioteca nacional de Belgrado resultó gravemente dañada. Las bibliotecas checoslovacas perdieron más de tres millones de volúmenes, especialmente en el territorio de los Sudetes. Por el contrario, las destrucciones fueron menores en Austria y en Hungría y, probablemente, en Rusia y lo mismo sucedió en Holanda y en Bélgica, donde, sin embargo, la biblio-

teca universitaria de Lovaina fue destruída por segunda vez. En Francia fueron destruidas las bibliotecas universitarias de Caen y Estrasburgo, igual que las municipales de Caen, Douai, Cambrai y Tours, y parcialmente las de Beauvais, Brest, Chartres, Dunkerque, Lorient, Saint Malô, Vitry-le-François, Metz y otras. En total, las bibliotecas francesas perdieron más de dos millones de volúmenes. Pero ninguno de los grandes santuarios bibliográficos de París sufrió daños. Tampoco en Italia fueron los resultados tan desastrosos como pudo haberse temido, excepto la parte del monasterio de Monte Cassino que fue destruído, y graves pérdidas sufridas por bibliotecas de Bolonia, Mesina, Milán, Nápoles, Parma, Pisa y Turín. Los ejemplares más preciosos de Monte Cassino y de otros monasterios y de muchas iglesias, así como de varias bibliotecas del Estado, habían sido llevadas a la biblioteca del Vaticano que, como las restantes colecciones de Roma, se mantuvieron indemnes. En Inglaterra sufrieron las bibliotecas de Liverpool, Bristol, Plymouth, Portsmouth y varias otras ciudades de provincias, pero los ataques aéreos se concentraron, como es sabido, sobre la capital y sus alrededores, donde arrasaron la biblioteca universitaria de Londres (University College Library). En el anejo del British Museum fuera de la ciudad una bomba destruyó gran parte de la colección de periódicos ingleses de provincias, y más de 100.000 volúmenes perecieron en la National Central Library, que desde 1930 había funcionado como central de información bibliográfica y gestionaba el préstamo entre las bibliotecas de Gran Bretaña, entre éstas y el extranjero, pero también contaba con importantes existencias propias para el préstamo.

El capítulo más reciente de la historia de las bibliotecas no es, sin embargo, tan sólo un saldo de bajas de guerra y de destrucciones de libros. Contiene también muchos aspectos positivos. Recordemos ante todo las modernas edificaciones que aquí y allí se han levantado sobre los solares arrasados, por ejemplo, la Biblioteca nacional de Sofía y la University College Library de Lon-

dres, o las que han sustituido a los viejos locales, anticuados e insuficientes, o las ampliaciones de bibliotecas preexistentes, la mayor, sin duda, la de la Library of Congress de Washington, que ha obtenido lugar para albergar otros diez millones de volúmenes. Enumerar la actividad constructora de los diferentes países durante los últimos años llevaría demasiado espacio, y por muy valioso adelanto que ello represente, parece más importante el indicar la actividad que durante los últimos años se ha manifestado en las relaciones de las bibliotecas con el público, y la gran importancia que muchas de éstas atribuyen a facilitar el acceso a sus fondos. Las más avanzadas en este sentido son las bibliotecas técnicas con su servicio de documentación, que no sólo utiliza libros y revistas, sino que también facilita información sobre folletos, patentes, reglamentos y otros análogos; en este campo se están empleando constantemente nuevos métodos técnicos y nuevos principios para la catalogación por materias.

No menos esencial es la lucha que en grado creciente se mantiene para dominar la gigantesca producción de libros de la actualidad, que sólo durante las guerras mundiales fue temporalmente reducida, pero que en cambio ahora comprende países que anteriormente apenas se distinguían en la producción bibliográfica. Aquí se presenta el eterno problema del espacio; por mucha experiencia que poco a poco se haya adquirido en utilizar la capacidad de los depósitos, la demanda de espacio se incrementa a ritmo creciente y exige nuevas soluciones; una de las últimas son los depósitos de sistema *compactus*, en el que estantes dobles van incluidos en armarios cerrados herméticamente que circulan sobre carriles y se acoplan entre sí, pero que pueden ser separados eléctricamente. Un depósito de este tipo tiene doble capacidad que los corrientes, y desde Suiza, donde se inventaron las estanterías compactas se han extendido a las bibliotecas alemanas, francesas y escandinavas, siendo utilizados especialmente para las colecciones de manuscritos o libros raras veces pedidos.

Con el mencionado aumento del volumen de la edición en todo el mundo se ha hecho más importante que nunca asegurar unas condiciones económicas convenientes para las bibliotecas. Se hace también imprescindible el calcular cuidadosamente la elección de los libros que deben ser adquiridos y las suscripciones de las revistas. Elegir los libros ha sido siempre la tarea más difícil de los bibliotecarios y en una época de tan intensa especialización como la nuestra se ha hecho aún más difícil el elegir acertadamente en la multiplicidad. La solución, aquí como en otros tantos terrenos, consiste en establecer la colaboración entre las bibliotecas de cada país; pues la compra de libros significa respectivamente que puede ser evitada la adquisición superflua de duplicados y que se adquiera la mayor cantidad posible de libros y revistas. Pueden citarse como ejemplos, la distribución temática introducida en 1927 entre las bibliotecas científicas danesas, o la comisión establecida hace algunos años para coordinar la adquisición de libros de las bibliotecas de París, o, finalmente, el llamado «Farmington plan», según el cual los diferentes campos de la producción bibliográfica han sido repartidos entre una serie de bibliotecas americanas importantes, con el fin de organizar una grandiosa compra común que asegurará el que se encuentre siempre en América por lo menos un ejemplar de cualquier libro extranjero que pueda ser de interés para los ciudadanos del país. Distribución semejante de zonas comunes han tenido que introducir las bibliotecas occidentales alemanas por razones económicas. De importancia es también el intercambio internacional de revistas de instituciones y sociedades científicas y de publicaciones oficiales de los Estados.

Otro resultado de la colaboración es el establecimiento de catálogos colectivos para círculos mayores o menores de bibliotecas como, por ejemplo, el redactado por la Biblioteca Real de La Haya para unas 50 bibliotecas holandesas, o el que se elabora en la Bibliothèque Nationale, de París y que comprende las existencias extranjeras de unas 400 bibliotecas francesas. Ya se han

citado los catálogos generales alemanes y la National Central Library desarrolla una actividad análoga en Gran Bretaña, como hace la Library of Congress en los Estados Unidos. Esta biblioteca elabora además fichas impresas de sus novedades, que pueden ser adquiridas por otras bibliotecas. No obstante, a medida que la catalogación se especializa cada vez más, se va haciendo más difícil el mantener los catálogos al día; incluso el personal que en número de centenares trabaja en los servicios de catalogación de las grandes bibliotecas americanas lucha en muchas ocasiones con grandes retrasos.

En relación con los catálogos colectivos es natural referirse a la colaboración que existe en el préstamo de libros entre bibliotecas dentro del mismo país (préstamo interurbano) y entre éstas y bibliotecas del extranjero. En este terreno cada vez se utiliza más la fotocopia y, especialmente, la microfotografía, de forma que en vez de enviar un libro o una revista se remite la fotocopia o el microfilm de lo que necesita el interesado. En especial si se trata de artículos de revistas o manuscritos o libros raros, este procedimiento es el más empleado y es seguro que con el tiempo se descubrirán métodos aún más prácticos y económicos. La microfotografía es también una de las armas contra la escasez de espacio; sobre todo en lo que se refiere a las grandes colecciones de periódicos y, además, porque el papel de periódico no resiste el desgaste causado por el uso frecuente. Se emplea también el microfilme para asegurar los manuscritos y los impresos raros o irremplazables de una biblioteca en el caso de que pudiesen resultar destruidos, lo mismo que para obtener copias de manuscritos y libros de otras bibliotecas. En los Estados Unidos se está realizando la labor de microfotografiar cuantas fuentes para la historia de América posean los archivos y bibliotecas europeos y que ellos no tengan.

Las revistas de biblioteconomía y los congresos, por ejemplo, de la Unesco y de las asociaciones internacionales de bibliotecarios y de documentalistas discuten los numerosos problemas que la intensa vida de las biblio-

tecas de hoy ocasionan, y de los cuales sólo una parte han podido ser citados en lo que antecede. Gran interés suscita también la formación del bibliotecario; en algunos países está reservada a escuelas especiales, o bien está encuadrada en las facultades universitarias, mientras que en otros adopta la forma de cursos en las principales bibliotecas. En cuanto a la adquisición de conocimientos puramente técnicos se ha progresado mucho; el punto débil es, especialmente en el personal de las bibliotecas científicas, la falta de conocimientos de bibliografía e historia del libro; en estas materias pocos pueden en la actualidad compararse con los doctos bibliotecarios del pasado.

Este fenómeno es particularmente grave en América, por el gran número de manuscritos y libros raros antiguos que han tomado el camino de las bibliotecas americanas. Pero, por lo demás, éstas ocupan hoy un lugar preeminente en el mundo de las bibliotecas, entre otras cosas, porque, por lo general, disponen de medios económicos de un volumen que las bibliotecas de Europa —no obstante los aumentos de presupuesto que muchas de ellas han conseguido—, no pueden soñar. Por todos los Estados Unidos y Canadá bibliotecas de toda clase e importancia han obtenido o tienen proyectados nuevos edificios, y la asociación de bibliotecas americanas ha establecido un comité permanente, en el que arquitectos y bibliotecarios discuten las experiencias adquiridas, para elaborar un sistema eficaz de distribución con arreglo a las exigencias del trabajo diario. La sala de catálogos se ha convertido en el local principal, en los mismos depósitos de libros se han instalado gran número de plazas para lectores y la idea más reciente es hacer los edificios extensibles, de forma que se pueda transformar su interior con facilidad si la ampliación exige una nueva distribución del espacio. En los distritos de Boston y Chicago se han construido las primeras bibliotecas de depósito, en las cuales pueden conservarse libros poco utilizados que no necesitan ocupar un precioso espacio en las bibliotecas respectivas.

Si examinamos la otra gran potencia moderna, la Unión Soviética, el avance de las bibliotecas populares se produjo allí mucho más tarde y no ha tomado impulso hasta después de la Revolución. La mayor biblioteca de la Unión, la Biblioteca Lenin en Moscú, que afirma poseer actualmente 15 millones de volúmenes aparte de grandes colecciones de manuscritos, incunables y obras orientales, es, como la New York Public Library, un gran centro cultural, mezcla de biblioteca de investigación y biblioteca popular. En la capital de cada república se encuentran bibliotecas del Estado, muchas de ellas ricas en material manuscrito e impreso sobre la historia del país. Actúan también como centrales de la red de bibliotecas populares que actualmente se extiende sobre la Unión entera y desde donde se envían a los lugares más apartados bibliotecas ambulantes por autobús, trineo, barco o avión —un servicio nacional análogo al que realizan las bibliotecas de condados inglesas o las bibliotecas centrales de los países escandinavos.

La unificación que caracteriza tanto las bibliotecas de América como las de la Unión Soviética no se encuentra en la misma medida en Europa occidental. En ella se producen grandes diferencias de un país a otro, debidas, entre otras cosas, a razones históricas y a que las tradiciones se mantienen aún en extremo vigorosas. En países como Italia y Francia se ha ido desarrollando a través del tiempo una fuerte centralización, que en lo que se refiere a Francia se ha acentuado aún más desde que a partir de 1951 se dispone de una dirección común para todas las bibliotecas del país. Totalmente opuestas son las circunstancias en Inglaterra, donde cada institución disfruta de vida independiente y donde la iniciativa para la gestión común no procede tanto del Estado como de la Asociación de bibliotecarios (Library Association). Tampoco Suiza, con su división en cantones, ha podido alcanzar un desarrollo homogéneo, pero con la Biblioteca nacional de Berna, fundada en 1895, se ha conseguido, sin embargo, una biblioteca general para todo el país, al igual que la Schweizerische Volksbibliothek, esta-

blecida en 1920, actúa como centro de sus bibliotecas populares. En países como Italia y España esta clase de bibliotecas se encuentran aún poco desarrolladas y lo mismo puede decirse en general de Holanda y Bélgica, donde las hondas divisiones religiosas han retardado el desarrollo; sólo Amberes puede mostrar una moderna organización en sus bibliotecas populares. [En España, la institución de la biblioteca pública no ha logrado resultados plenamente satisfactorios. Con excepciones notables en algunas regiones como Barcelona, Soria, Asturias quizá, en general estas bibliotecas son centros de poca atracción porque se tiene de ellas el concepto de algo «popular» en un sentido un tanto desdeñoso, y las personas de cultura media no las frecuentan ni las utilizan en el grado que se esperaría dados los elementos de que muchas están dotadas y la atención que, en mayor o menor intensidad en algunas épocas, no han dejado de recibir por parte del Estado desde, por lo menos los años de 1931 para acá. En buena parte de estas bibliotecas el mayor porcentaje de lectores lo dan los niños.] No se admitieron en estos países las ideas de Inglaterra y América; al contrario de los países escandinavos, donde el influjo de éstas ha sido considerable. Dinamarca obtuvo en 1920 la primera ley en Escandinavia sobre las bibliotecas populares, por la cual el apoyo del Estado se regulaba en relación con la aportación local; desde entonces las bibliotecas populares danesas han experimentado un rapidísimo desarrollo, algo más tarde seguido por otros países nórdicos.

En lo que respecta a las bibliotecas de investigación, ni las europeas ni las americanas se han beneficiado de la munificencia de los coleccionistas particulares en tal alto grado como en el pasado, aunque la colección de David Simonsen y Lazarus Goldschmidt han convertido la Biblioteca Real de Copenhague en un centro mundial de los estudios judaicos y la biblioteca de la Universidad de Uppsala ha obtenido como regalo del doctor Erik Waller la colección mundialmente famosa para el estudio de la historia de la medicina. Como mecenas de

bibliotecas escandinavas en la actualidad puede además citarse a los daneses V. R. Christiansen y A. Jurisch y a los suecos Gustaf Brenström y Thore Virgin.

En Francia, la Biblioteca Nacional ha recibido uno de los legados más importantes que le hayan sido hechos desde su fundación con la colección de manuscritos, de libros antiguos y de encuadernaciones reunidas por Henri de Rothschild.

La fuga de tesoros bibliográficos de Europa hacia América no es tan intensa como en el pasado, y durante los últimos treinta años el banquero suizo Martin Bodmer ha reunido en Coligny, cerca de Ginebra, una colección de manuscritos, incunables y primeras ediciones que puede competir con la biblioteca de Huntington en California.

A pesar de la extraordinaria dificultad que significa el analfabetismo, en los países de Europa oriental y de Asia, se está también tratando de establecer en ellos un sistema de bibliotecas populares; es el caso, por ejemplo, de India, Indonesia, la República Popular China y Japón. No hay duda alguna de que los países que paulatinamente se liberan de la dominación europea y fomentan una cultura nacional, han de considerar la biblioteca popular como uno de los medios más efectivos para el desarrollo de esa cultura.

De vez en cuando se oyen en nuestros días voces pesimistas que vaticinan que el libro, dentro de un futuro inmediato habrá terminado su función, derrotado por los diarios y semanarios, el cine, la radio y la televisión. El que la lectura de muchas personas nunca va más allá de los periódicos o de la prensa ilustrada o quizá se limite a mirar las estampas, es un hecho tan innegable como que el cine, la radio y la televisión ocupan gran cantidad de tiempo libre. Con la elevación del nivel de vida, irá en aumento el ocio, pero nadie puede saber si ello resultará en beneficio del libro. Nuevos descubrimientos técnicos en el campo de la llamada «comunica-

ción de masas» podrían convertirse en sus competidores más peligrosos que los ya existentes, por lo que no puede buscarse ningún paralelo tranquilizador en las épocas anteriores.

No obstante, hay razones para creer que la historia del libro no acabará con el fin del siglo xx. No es puro azar que se luche empeñadamente contra el analfabetismo allí donde todavía domina y que el libro desempeñe un papel principal en las tareas culturales de la Unesco. Habrá siempre una misión para este práctico medio de comunicación que posee la ventaja esencial sobre todos los demás de no ser pasajero como ellos, sino un perdurable depósito de pensamientos y saberes, acciones, sentimientos y fantasías de la humanidad, siempre dispuesto a abrirse de nuevo.

BIBLIOGRAFIA

HISTORIA DEL LIBRO Y BIBLIOLOGIA EN GENERAL

- Ars Hispaniae. Historia Universal del Arte Hispánico.* Volumen décimoctavo. Miniatura, por Jesús Domínguez Bordona. Grabado, por Juan Ainaud. Encuadernación, por Juan Ainaud. Madrid 1962.
- BAY, J. CHRISTIAN: *The Fortune of Books. Essays, Memories and Prophecies of a Librarian.* Chicago 1941.
- BELTRÁN, F.: *El libro y la imprenta.* Madrid 1931.
- BOHIGAS, PERE: *Resum d'història del llibre.* Barcelona 1933.
- BOHIGAS, PEDRO: *El libro español (Ensayo histórico).* Barcelona 1962.
- CALOT, F.; MICHON, L. M., et ANGOUVENT, P.: *L'art du livre en France des origines à nos jours.* Paris 1931.
- CIM, ALBERT: *Le livre. Historique, fabrication, achat, classement, usage et entretien.* Tomos 1-5. Paris 1905-08.
- ESCOLAR SOBRINO, H.: *Historia social del libro.* Madrid, 1974. 4 vols. (en publicación).
- FLEISCHHACK, K.: *Wege zum Wissen. Buch, Buchhandel, Bibliotheken.* 2. erweit. Aufl. Würzburg 1940.
- GROLIER, ERIC DE: *Histoire du livre.* Paris 1954.
- LANGE, WILHELM H.: *Das Buch im Wandel der Zeiten.* 6. Aufl. Wiesbaden 1951.
- LEHMANN-HAUPT, HELLMUT: *A History of the Making and Selling of Books in the United States.* 2.^a ed. New York 1951.
- OLSCHKI, LEO S.: *Le livre italien à travers les âges.* Florence 1914.